VELASCO2014

VOY, VAMOS, VEN.

Un Nuevo Proyecto para Chile, 2014-2022

Queremos para Chile un gobierno basado en los ideales de libertad e igualdad. Pero no queremos más de lo mismo. No creemos en reeditar mecánicamente la fórmula aplicada desde 1990, que se agotó el 2010. Y ciertamente no aceptaremos una política volcada hacia adentro, plagada de malas prácticas que los ciudadanos ya no están dispuestos a tolerar.

Queremos un nuevo entendimiento entre el centro y la izquierda, abierto al ancho mundo de los independientes. Pero no puede ser un entendimiento en el que algún sector quede subordinado a los otros. Y no puede ser un acuerdo que se limite a los mismos de siempre. En Chile hay cientos de miles de ciudadanos que tienen ideales liberales y progresistas, que quieren cambios de fondo en un ambiente de seguridad y estabilidad, pero que sienten una fuerte desconfianza a los partidos y sus cúpulas dirigentes.

Un gobierno exitoso de centro-izquierda sólo será posible si renovamos la política. Eso se logra con elencos nuevos pero más que nada con ideas nuevas para un Chile nuevo. Ahí está el gran déficit.

La ausencia de un legado ideológico

La Concertación gobernó Chile por 20 años y dejó como legado un país más próspero, más democrático y con menos temores. Pero no dejó un legado ideológico. La esencia de la Concertación fue un entendimiento entre el centro y la izquierda, pero la articulación política entre estos dos grupos no produjo un ideario de centro-izquierda, un conjunto de ideas compartidas que permitan entender el pasado y –más importante aún— proyectar el futuro. Otros deben ahora acometer la tarea, sin los prejuicios, divisiones y tabúes de décadas pasadas.

El pensamiento progresista siempre tuvo dos vertientes: una que enfatiza la libertad –esa es la esencia del ideario liberal— y otra que enfatiza la igualdad, a la manera de la tradición socialista. La ideología de todo movimiento liberal-progresista o social-demócrata consiste en combinar, de distintos modos y en variadas proporciones, estas dos vertientes.

Esa combinatoria es un proceso permanente, que requiere revisiones y remezones de tanto en tanto. El partido demócrata bajo Bill Clinton, el laborismo británico bajo Tony Blair, el socialismo español en la época de Felipe González y la centro-izquierda brasileña en la era de Fernando Henrique Cardoso, se reinventaron en medio de debates intensos sobre cómo conjugar libertad e igualdad, con cuánto mercado y cuánto Estado, cuánta apertura al exterior y cuánto desarrollo hacia adentro.

Nada de esto ocurrió en Chile. La renovación socialista jugó un papel clave en los inicios de la transición, pero como proceso de reinvención ideológica no alcanzó más allá de los 90, ni involucró a todos los partidos del centro y la izquierda chilena. El presidente Ricardo Lagos bregó por dar un sustento ideológico y cultural a la labor de su gobierno y de la Concertación, pero la coalición desaprovechó esos esfuerzos.

En Chile se gobernó con políticas de centro-izquierda, pero las ideas liberal-progresistas tras esas políticas no se explicitaron, en buena medida porque esas ideas no eran compartidas por toda la Concertación. Se consolidó un importante rol para el mercado en la vida económica del país, pero nunca se discutió por qué esto era bueno ni qué límites debíamos fijar. Se firmaron acuerdos de libre comercio, pero rara vez se explicó por qué insertarse en el mundo es bueno para Chile. Se construyó

un sistema de servicios sociales con prestadores públicos y privados pero no se explicitaron ni las fortalezas ni las debilidades de ese sistema. Se permitió un papel importante –y creciente— para la educación particular, pero no se discutieron los pros y contras de esa decisión.

El resultado es que, enfrentados a la crítica derechista de que en 20 años no se hizo nada, o a la crítica de la extrema izquierda de que sólo se perpetuaron desigualdades, los políticos de la Concertación no tienen ni palabras ni ideas para explicar lo obrado. Es más: no terminan de entender cómo Chile cambió ni lo profundo que ha sido ese cambio, como tampoco tienen un marco conceptual para identificar las muchas carencias e injusticias que aún afectan a los chilenos, o explicar cómo se pueden corregir sin tirar por la borda lo que se ha alcanzado.

El problema es conceptual pero también político. Ante la ausencia de ideas nuevas, demasiadas veces se cae en un izquierdismo irreflexivo que hace caso omiso de todo lo aprendido en Chile y el mundo en el último medio siglo. Otras veces se incurre en un populismo corporativista en que la política social consiste exclusivamente en satisfacer demandas, sin entender que las exigencias de los gremios organizados rara vez coinciden con el interés general. Así, algunos dirigentes levantan el proyecto de un supuesto "giro a la izquierda" cuyo contenido hasta el momento no va más allá de algunos lugares comunes manoseados hasta el cansancio. El centro político se va debilitando y el carácter de centro-izquierda de la coalición se desdibuja. Los acuerdos y la gobernabilidad para proyectar un futuro distinto al que propone la derecha se tornan más difíciles.

Nuestro proyecto 2014 -2022

Nuestra candidatura pretende comenzar a construir esa matriz ideológica liberal, humanista y progresista que tanta falta le hace a Chile. Creemos que libertad e igualdad pueden y deben conjugarse. Que hay más complementariedad que tensión entre estos dos ideales. Que no hay verdadera libertad para las personas si no gozan de ciertos estándares mínimos en nutrición, salud, vivienda y educación (entre otros) y que el Estado tiene un papel clave que jugar en la garantía de estos mínimos sociales. Pero, al mismo tiempo, que la libertad y la dignidad de las personas jamás deben ser vulneradas con la excusa de alcanzar éste u otro objetivo económico o social.

Creemos que vivir en sociedad implica derechos pero también deberes para las personas. Pero creer que la responsabilidad es individual no implica, como postulan los ideólogos de derecha, que la mejor política social sea decirles a las personas: ráscate con tus propias uñas. Al revés. Creemos que el mensaje de una sociedad buena a sus ciudadanos debe ser: estamos todos juntos en esto.

Confiamos en el esfuerzo individual como motor del progreso, y aspiramos a una sociedad en que las oportunidades educativas y la igualdad en el trato permitan que ese esfuerzo valga la pena. Por eso estamos en contra de todo prejuicio y de toda forma de discriminación. Por eso queremos un Chile en que se respeten los derechos civiles y los de las minorías, se celebre la diversidad étnica y cultural, y se promueva activamente la igualdad entre los géneros y entre personas con diferentes orientaciones sexuales. Un nuevo proyecto debe asignar un lugar central a todos estos asuntos, que la política tradicional relegó a un papel secundario en décadas pasadas. Por demasiados años el pensamiento de izquierda en Chile tuvo una impronta conservadora en materias culturales o de libertades públicas. Llegó la hora de deshacerse de esa camisa de fuerza iliberal.

En resumen: queremos un Chile en que las personas puedan vivir la vida que quieren, no la vida que les tocó vivir. Un país en que, en la frase de Amartya Sen, el desarrollo sea un camino hacia la libertad.

Un proyecto ideológico no solo debe decir qué quiere lograr. Debe además explicitar cómo lo va a lograr, con qué instrumentos. Debemos aprender de la experiencia propia y también de la ajena. En el último siglo muchas naciones intentaron construir sistemas que, preservando el dinamismo económico, disminuyeran las diferencias sociales y redujeran la inseguridad que deben enfrentar las familias. Algunas tuvieron éxito; otras fracasaron.

De esas experiencias podemos concluir que la desigualdad y la injusticia no son datos inmutables de la sociedad; que la voluntad de una nación, expresada en políticas de Estado y en la provisión de servicios públicos de calidad, puede derrotarlas; que los mercados sirven para asignar recursos, pero que hay mercados que funcionan mal y que la política pública puede y debe regularlos; que los monopolios son malos para el bolsillo de los consumidores y para la innovación de las empresas, y que deben combatirse con una política pro-competencia activa; que la macroeconomía tiende a los ciclos, y que la política económica contra-cíclica permite aminorar esa inestabilidad.

Pero aprendimos también que por mucho que aumente su gasto, el Estado no necesariamente es capaz de entregar servicios de calidad, y que por lo tanto hay un papel importante para la descentralización y la competencia al proveer servicios públicos; que la excesiva burocracia estatal daña a las personas y a la actividad económica, y que la reforma del Estado debe ser prioridad permanente de quienes creen en él; que una frondosa legislación laboral suele producir efectos no buscados, que demasiadas veces terminan dañando precisamente a los grupos vulnerables (como mujeres y jóvenes) que esa legislación intentaba proteger; que la prosperidad de largo plazo depende más que nada del emprendimiento, la creatividad, y la educación de excelencia, pero que éstas son plantas frágiles que las políticas públicas deben regar y cuidar permanentemente.

Aprendimos, en suma, que el debate de siempre entre mercado y Estado no es fructífero. Que se puede ser pro-competencia sin ser pro-empresario, y que se puede creer en el Estado sin ser estatista. Que lo que necesitamos es un mejor mercado y un mejor Estado, y que ese mejor mercado (justo, competitivo, transparente) requiere de ese mejor Estado (ágil, activo, igualmente transparente).

La buena distribución del poder es tan importante como la buena distribución del ingreso y de las oportunidades. Por eso Chile necesita un mejor sistema político. Una fórmula institucional que estimule la formación de grandes mayorías pero donde la representación de las minorías esté garantizada, donde el poder político se descentralice sin caer en la fragmentación ni la inoperancia, donde el dinero no dicte las decisiones colectivas, y donde el Estado esté al servicio de los ciudadanos y no viceversa.

Naciones varias han experimentado con variedades diversas de regímenes presidencial y parlamentario, con sistemas electorales alternativos, con fórmulas diversas de descentralización política, de financiamiento de la política, o de rendición de cuentas por parte del gobierno y sus reparticiones. Algunas de esas naciones democráticas también han enfrentado el desafío del empate permanente, la *vetocracia* y la potencial inoperancia de ciertas instituciones, y han ensayado fórmulas para abordar este desafío. De todo esto también hay mucho que aprender.

Satisfacciones e inseguridades del último cuarto de siglo

Para que esas ideas respondan a los desafíos reales de Chile, es necesario partir de una visión clara y precisa de dónde está la sociedad chilena y hacia dónde va.

A primera vista –y a juicio de muchos analistas— Chile parece vivir una contradicción. Por un lado, la gente considera que Chile ha progresado, y con razón. No en vano nuestro país ha triplicado su ingreso

por habitante en el último cuarto de siglo. En el mismo período han aumentado significativamente la esperanza de vida y la escolaridad, ha disminuido la mortalidad infantil, y muchos de nuestros compatriotas ha llegado a tener acceso a servicios y bienes de consumo que hace no tanto eran inimaginables. Los chilenos hoy viven mejor que sus padres, y esperan que sus hijos vivan aún mejor.

Por otra parte, un malestar evidente recorre el país. Hay quejas por la calidad insuficiente de los servicios públicos, los abusos de las empresas privadas, la persistente delincuencia y una decena de otros asuntos. Las personas no confían en los partidos políticos, ni en otras instituciones tradicionales, como el Congreso, los tribunales, los gremios empresariales, los sindicatos e incluso la Iglesia.

Ríos de tinta se han derramado para responder a qué responde este malestar. Hay dos hipótesis principales. Según algunos intelectuales de izquierda, se debe al supuesto fracaso de la estrategia chilena de desarrollo. Según los ideólogos de derecha, en cambio, no hay causas de fondo para el descontento, y el malestar desaparecerá a medida que la economía se siga expandiendo.

Ni una ni otra simplificación ideologizada hace una lectura correcta de los que está ocurriendo en este nuevo Chile. Que la gente esté feliz con sus vidas personales no significa que esté contenta con la sociedad en que vive. Y en esa aparente paradoja están las claves del malestar.

El miedo y la incertidumbre son una causa principal del malestar de las personas con la sociedad chilena. Las familias chilenas trabajan duro y por eso en las últimas décadas han avanzado. Muchas han cumplido el sueño de la casa propia o han tenido la felicidad inmensa de que sus hijas e hijos lleguen a la universidad. Pero esas familias de clase media saben que su progreso es frágil, que todo lo logrado se puede venir abajo si alguien pierde su trabajo, o sufre un accidente o una enfermedad.

Chile tiene hoy un sistema de seguridad social (empleo, salud, pensiones) que aún no garantiza la tranquilidad que las personas identifican como el principal requisito de una vida feliz. Los ciudadanos se sienten desprotegidos frente a las deudas, a la volatilidad en el precio de los alimentos y los combustibles, a los abusos de las empresas de servicios, y frente a instituciones que, estiman, a menudo los pasan a llevar.

También se sienten desprotegidos ante la delincuencia, la discriminación y el maltrato. La promesa de Chile es que el esfuerzo y la educación permiten avanzar en la vida. Pero demasiadas veces esa promesa se incumple porque el prejuicio, el clasismo y el racismo impiden que a una persona se la evalúe según sus méritos.

Hay evidencia maciza de discriminación en el mundo del trabajo, y también con nuestras mujeres. A esto hay que sumarle la experiencia de la vida cotidiana, en que muchas personas se sienten maltratadas o pasadas a llevar por su apellido, por la comuna en que viven, por su origen étnico, por ser mujeres o discapacitados, o incluso por su apariencia física. Las encuestas y la calle nos dicen que a demasiados chilenos y chilenos se les falta el respeto, se les trata sin dignidad.

La gente también está descontenta con aspectos de la vida cotidiana que les toca vivir. La vida, nos lo dicen claramente, les resulta estresada y ajetreada. Nuestras ciudades han crecido, pero mal: hemos construido casas y departamentos, pero no barrios. Faltan servicios públicos y privados, los tiempos de traslado son largos, y el transporte público rara vez está al nivel de lo que los usuarios esperan.

Los chilenos y chilenas trabajamos más horas que mayoría de los ciudadanos del mundo, y demasiadas familias carecen de cuidado infantil. A todos nos falta tiempo –para estar con la familia, disfrutar a los niños, o simplemente descansar.

Cinco ejes de gobierno para el Chile de 2014

No se trata, entonces, de que el último cuarto de siglo en Chile haya sido un fracaso, y que ahora toca comenzar desde cero. Todo lo contrario. En ese período nuestro país avanzó muchísimo. Pero ese avance creó nuevas realidades. Y esas nuevas realidades generan nuevas expectativas, necesidades y desafíos.

La gente quiere que las puertas se abran, en vez de cerrarse, para quienes se esfuerzan. Que la cuna o el apellido no marquen el destino de una persona. Que se reconozca el mérito. Que Chile deje de ser el reino del pituto o el amiguismo. Que las oportunidades estén bien repartidas, en la educación, en el trabajo y también en la política. Que los buenos cargos no sean siempre para los mismos.

Esa es también la sociedad que queremos. Que proteja y que genere condiciones de vida dignas para todos sus ciudadanos. Donde el esfuerzo y el trabajo rindan frutos para la mayoría y no sólo para algunos privilegiados. Una sociedad donde, aunque no todos seamos iguales, sí existan oportunidades para que cada persona pueda desarrollar sus talentos y decidir la vida que quiera vivir.

Estos principios implican, a nuestro juicio, cinco ejes de gobierno para el Chile de 2014.

- **Nueva estrategia de lucha contra la pobreza**. La pobreza no es solo sueldos bajos. Es también falta de empleo e integración social. Es la constatación de la discriminación, del aislamiento y del abuso. La solución va más allá de entregar subsidios y bonos a diestra y siniestra. Implica fomentar el empleo de calidad, especialmente para mujeres y jóvenes, como la herramienta principal de cohesión social. E implica librar permanentemente una lucha contra el prejuicio y la discriminación en todas sus manifestaciones.

- **Seguridad y tranquilidad para la clase media**. Debemos construir un conjunto de nuevas políticas de seguridad social para la clase media que dé más seguridad y sea más social. Que ofrezca tranquilidad y abra oportunidades. Debemos fortalecer las instituciones que protegen a las personas de clase media del abuso, venga de donde venga. Y debemos mejorar la calidad de los servicios públicos, y hacer más para garantizar la seguridad de barrios y calles.

- **Nueva estrategia de crecimiento**. Por siglos el progreso económico de la humanidad consistió en utilizar máquinas para producir objetos. Esto está cambiando. El progreso consiste cada día más en usar ideas para producir bienes, pero también servicios y otras ideas. En Chile debe y puede ocurrir lo mismo. El crecimiento económico del último cuarto de siglo se apoyó en buena medida en la acumulación de capital físico y en el aprovechamiento de nuestros recursos naturales. En el siguiente cuarto de siglo debemos aprovechar al máximo el principal recurso de Chile: nuestra gente, nuestros emprendedores, creadores, científicos, profesionales y técnicos. La creatividad y la innovación deben ser la base de la nueva etapa de crecimiento del país.

- **Mejores ciudades y calidad de vida para todos**. La calidad de vida no depende solamente de los ingresos; depende también de cómo decidimos habitar nuestras ciudades. Casi nueve de cada 10 chilenos viven en centros urbanos. Mejorar las ciudades significa mejorar nuestra vida cotidiana. Vivir mejor significa mejores barrios, más áreas verdes, más cultura y más deporte, distribuidos territorialmente de una manera más equitativa. Significa ciudades más integradas, en que la gente pueda vivir más cerca de su trabajo, con calles más seguras y mejores espacios públicos. Esa es una tarea del Estado, de los gobiernos regionales y municipales, pero también de los vecinos y de la sociedad civil. Debemos abordarla y trabajarla juntos.

- **Una política, transparente, competitiva y participativa**. Nuestra política tiene que cambiar. Hay que abrir las ventanas y dejar que entre aire fresco. Que no sean los mismos de siempre en los cargos de siempre. Que la política atraiga a gente joven que quiere servir y no servirse. Que la inmensa mayoría que no milita en un partido político vuelva a sentir que sus representantes en el Congreso o en el gobierno efectivamente tienen legitimidad, y que el dinero y el lobby no dictan las políticas públicas.

Estos cinco ejes constituyen una propuesta de futuro, no de pasado. Es una propuesta basada en las necesidades de los ciudadanos de este Chile nuevo, no en batallas ideológicas de antaño.

Nuestro liderazgo y sus prioridades

Necesitamos un liderazgo que mire al futuro. Que no solo acierte en el análisis, sino que tenga además la capacidad de encontrar soluciones y llevarlas a la práctica, sin temor a confrontar ideas, a tomar decisiones, y a poner en marcha las transformaciones que Chile requiere. Los cinco ejes que hemos subrayado más arriba tienen expresión concreta en políticas y reformas en diversos sectores. Dentro de esos cinco ejes, existen áreas prioritarias que requieren la atención urgente de nuestro futuro gobierno:

- **Cambios de fondo en educación.** Celebramos que Chile hoy esté hablando de educación, pero lamentamos que esa conversación haya dejado fuera algunos de los asuntos más importantes. La discusión tiene que partir con la universalización del acceso a salas cunas y jardines infantiles. En educación escolar, creemos firmemente en la educación pública, pero también pensamos que la educación de calidad es un desafío demasiado complejo como para que exista un modo único y centralizado de abordarlo. Debemos mejorar la formación y la carrera docente y combatir la discriminación en nuestras escuelas y colegios. En educación superior, hay que repensar la estructura del sistema, con carreras más cortas e igualdad de condiciones de financiamiento para todos los estudiantes, independientemente del tipo de carreras que estudien o de los planteles en que lo hagan. Y debemos darle un nuevo énfasis a la educación técnica.

- **Cambios estructurales en la salud.** Concebimos la salud como parte de un sistema de seguridad social y no como un mero seguro privado, y eso implica transitar hacia un sistema más solidario. Que permita espacio para la provisión privada de servicios de salud pero que, fundamentalmente, entregue una protección común a todos los chilenos. E implica también una mejora significativa en la calidad de los servicios públicos de salud. Ese es un desafío que requiere de más recursos, pero también de mejor gestión y un cambio radical en el modo en que se administran nuestros hospitales públicos.

- **Un mercado de trabajo más moderno e inclusivo.** No lograremos reducir de manera permanente la desigualdad si no generamos muchas más oportunidades de trabajo digno y bien remunerado. Y para ello debemos hablar de más participación laboral femenina, de oportunidades de trabajo para los jóvenes, de seguros de desempleo efectivos, de adaptabilidad pactada de turnos y jornadas, y de una revolución en materia de capacitación, especialmente para quienes no tienen trabajo.

- **Reforma tributaria para dar financiamiento permanente a las reformas sociales.** Queremos una reforma que corrija la marcada inequidad de nuestra estructura tributaria, donde chilenos con niveles similares de ingresos pagan impuestos muy distintos producto de la evasión o la elusión. Pero que también nos permita seguir creciendo y mejorando nuestros niveles de ahorro e inversión. Por eso no concebimos una reforma tributaria como una medida aislada, ni creemos que sea el pasaje automático hacia una sociedad más igualitaria.

- **Seguridad en las calles y en los barrios.** La derecha chilena insiste en reducir la delincuencia a un problema exclusivamente policial, mientras que la izquierda tradicional se centra en la pobreza como causa de la delincuencia, pero no ofrece soluciones para reducirla. Necesitamos un enfoque nuevo, que enfatice la prevención y la rehabilitación, entendiendo que tres de cada cuatro delitos son cometidos por personas reincidentes. Debemos además aumentar la efectividad de nuestras policías, creando sistemas informativos que permitan a la ciudadanía evaluar su labor.

- **El desafío de la energía y el medioambiente.** Hoy Chile tiene los costos de electricidad más altos de América Latina. Ello afecta dramáticamente el bolsillo de todos y la competitividad de nuestra economía. Al paso que vamos, en algunos años se nos podría cortar la luz, con consecuencias sociales y políticas insospechadas. La política energética de la clase política ha sido no tener política. No podemos seguir pateando el problema. Es posible abordarlo conjugando la protección del medio ambiente con la generación de energía que Chile necesita. Estimulando el ahorro energético, utilizando a fondo las nuevas energías verdes, y creando un plan regulador para todo el territorio nacional que permita decidir con racionalidad dónde localizar nuevas fuentes de generación.

- **Reformas políticas de fondo.** Mejorar la política requiere reformas políticas y constitucionales: cambio al binominal, nueva ley de partidos políticos, devolver su valor a la regla de la mayoría reduciendo los quórums especiales necesarios para la aprobación de muchas leyes, aprobar la ley del lobby. Además, se requieren un financiamiento transparente de la política, la elección de intendentes y CORES y la participación ciudadana a nivel local. Todo aquello que nos permita tener una mejor democracia.

  Son innumerables los desafíos que tenemos como país. Sabemos que no existen atajos ni soluciones fáciles a los problemas que enfrentamos hoy. Y tenemos claro también que no podremos abordar todos los desafíos en un gobierno de cuatro años. Si queremos conseguir cambios reales debemos elegir dónde concentrar nuestros esfuerzos, y llevar adelante transformaciones que mejoren efectivamente la vida de las personas y les abran mayores espacios de libertad.

Nuestra opción: fortalecer la renovación a través de primarias

Somos críticos del actual estado de la coalición de centro-izquierda en Chile. ¿Por qué entonces hemos decidido competir en sus primarias?

Porque creemos, como dijimos más arriba, que un acuerdo amplio entre el centro y la izquierda con apertura a los independientes, que se nutra de valores progresistas, humanistas y liberales, es bueno para Chile. Creemos que la Concertación representó durante 20 años, con más éxitos que fracasos, a quienes creemos en un país más libre y más equitativo. Y por lo mismo creemos que tiene la obligación de renovar sus prácticas, sus propuestas y sus representantes.

Creemos también que para transformar Chile se requiere de una mayoría distinta a la que la Concertación apostó por 20 años. Transformar un país no es lo mismo que ganar una elección. Transformar requiere entender y representar a una sociedad que ha cambiado muchísimo en el último cuarto de siglo, que se ha vuelto mucho más diversa y compleja. Requiere por eso construir una mayoría también diversa –muy distinta al elenco monocolor en que se ha convertido la Concertación— capaz de entender y aprovechar las energías de la sociedad civil y capaz también de dar gobernabilidad a futuro.

Dicha renovación no se hace por secretaría, ni en un cónclave entre cuatro paredes; se hace de cara al país, abriendo opciones y compitiendo. Por eso decidimos competir, independiente de quienes más se postulen. No de forma antagónica a las otras candidaturas, sino de forma propositiva y leal, y con el único objetivo de construir una propuesta de futuro y de convencer a los ciudadanos de que el camino que señalamos es el mejor camino.

Por primera vez en la historia de Chile, la libertad y la igualdad son aspiraciones plausibles. Convertir esas aspiraciones en realidad sólo depende de nosotros. Hagámoslo juntos. Súmate a nuestro proyecto.